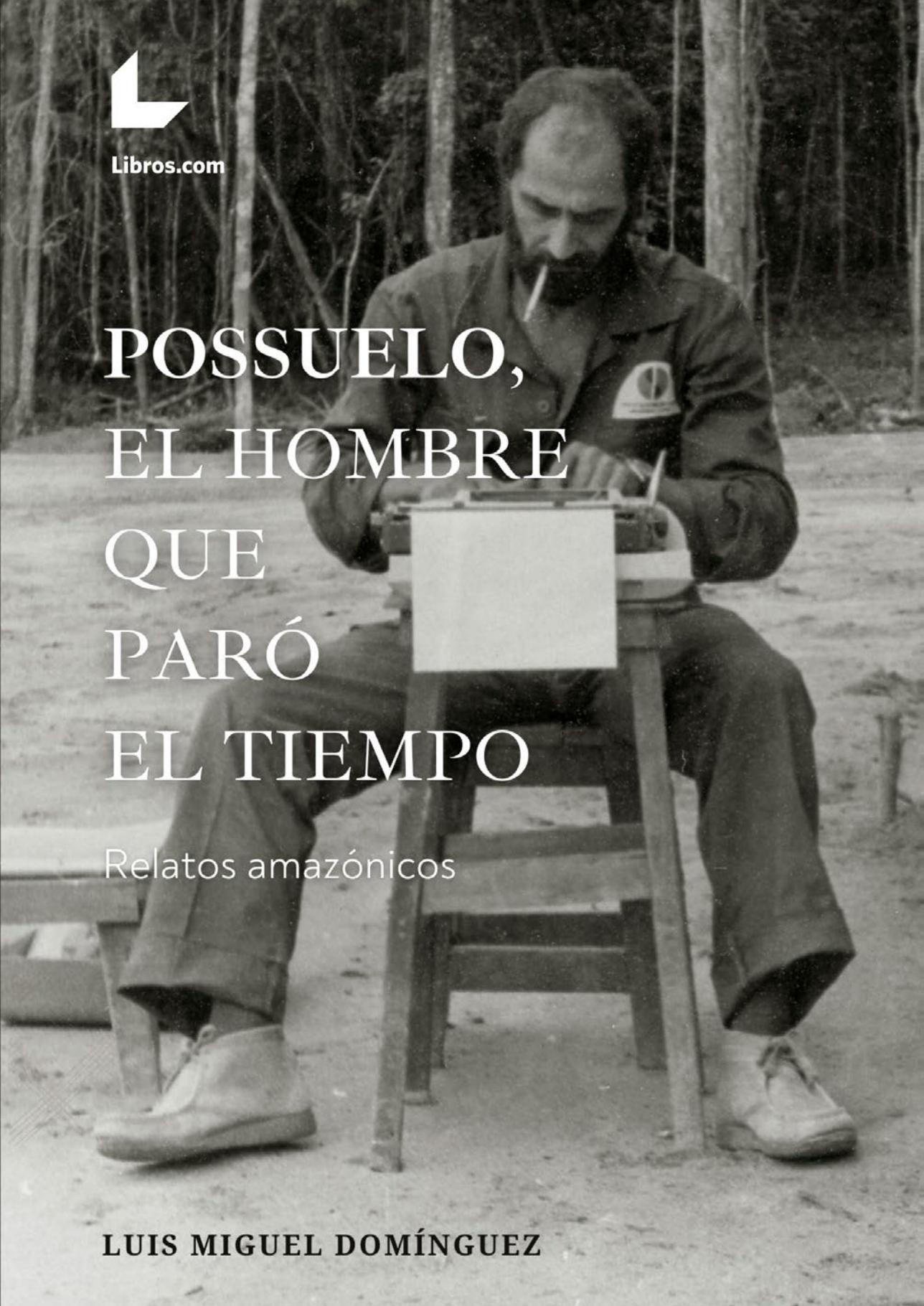




Libros.com



**POSSUELO,  
EL HOMBRE  
QUE  
PARÓ  
EL TIEMPO**

Relatos amazónicos

**LUIS MIGUEL DOMÍNGUEZ**





Primera edición: octubre 2023  
Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com  
Maquetación: Eva M. Soria  
Corrección: Ana Briz  
Revisión: Isabel Bravo de Soto  
Fotografías: Archivo Sydney Possuelo / Archivo Luis Miguel Domínguez  
Ilustraciones: Cesáreo Segura Vargas

© 2023 Luis Miguel Domínguez  
© 2023 Libros.com  
[www.libros.com](http://www.libros.com)  
[editorial@libros.com](mailto:editorial@libros.com)

ISBN: 978-84-19435-90-3



**Luis Miguel Domínguez**

Possuelo, el hombre que  
paró el tiempo

Relatos amazónicos



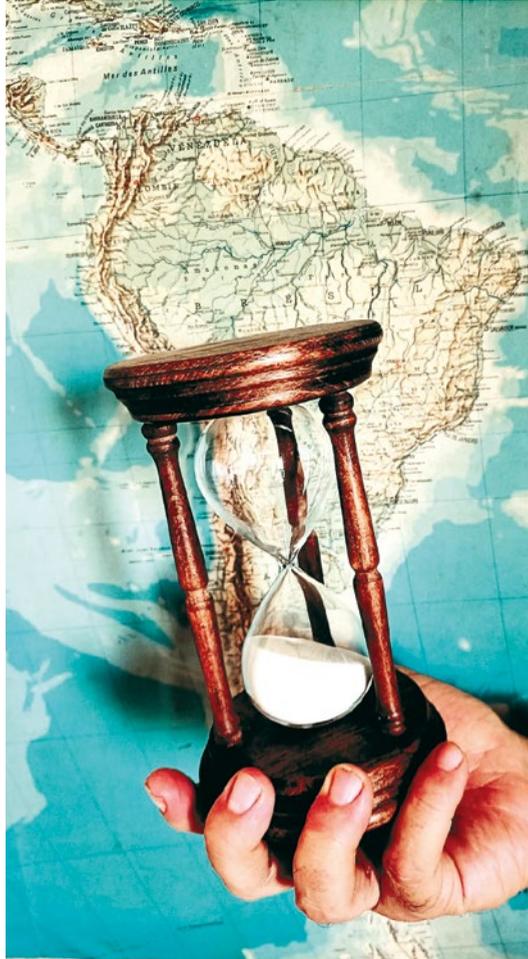
*In memoriam.*

*Durante el proceso de edición de este libro, la nube negra de la muerte traicionera se aposentó sobre la vida de nuestro protagonista, Sydney Possuelo.*

*Un dantesco accidente de tráfico se llevó las vidas de la compañera de Possuelo, Rosita Mascarenhas Watkins y sus hijas, Karla y Michelle.*

*Sin duda, este libro es un homenaje a las tres.*





Ni con todo el oro del mundo se puede comprar el tiempo, ingrediente básico de la vida y de los procesos que la mantienen en pie o la tumban. Dominar el tiempo es el viejo anhelo de la humanidad.

Muy pocos lo han conseguido, siendo uno de ellos Sydney Possuelo, pero no para él, sino para los más desfavorecidos de Brasil, consagrando su vida a parar la máquina del ancestral reloj que marcaba inexorable la destrucción y aniquilación de las culturas originarias de la selva amazónica.



# Índice

<b>La suma de nuestras vivencias</b> .....	<b>13</b>
<b>1. Possuelo y Domínguez <i>in extremis</i></b> .....	<b>19</b>
<b>2. Una pistola en la boca</b> .....	<b>27</b>
<b>I. PARTE</b> .....	<b>29</b>
<b>3. Grandioso escenario</b> .....	<b>31</b>
<b>4. Pororoca y caboclos</b> .....	<b>45</b>
<b>5. Un río con el nombre de las mujeres guerreras</b> .....	<b>51</b>
<b>II. PARTE</b> .....	<b>59</b>
<b>6. El país del café</b> .....	<b>61</b>
6.1 La vida continúa en movimiento. La diáspora de los Possuelo.....	65
6.2 ¿Se nace o se hace? La infancia de un ser único y especial.....	74
<b>7. La persona y sus referentes</b> .....	<b>83</b>
7.1 El mariscal Rondon.....	83
7.2 Sertanismo, sertanista.....	86
7.3 Los hermanos Villas-Bôas.....	87
<b>8. No siempre los principios son tan buenos</b> .....	<b>89</b>
<b>9. Parar el tiempo</b> .....	<b>95</b>
<b>10. Dimensión internacional</b> .....	<b>109</b>
<b>11. Carapirú</b> .....	<b>113</b>
<b>12. Destitución y Lula</b> .....	<b>119</b>

<b>13. El hombre y la familia .....</b>	<b>127</b>
<b>14. Morir con las botas puestas.....</b>	<b>131</b>
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>133</b>
<b>Anexo fotográfico.....</b>	<b>135</b>

## La suma de nuestras vivencias



Daniel, Sydney y yo, recién salido del hospital.

«Somos la suma de nuestras vivencias», dijo Jorge Luis Borges. Y yo, que comparto esa idea profundamente, agradezco de corazón las emociones inolvidables que he vivido gracias a Luis Miguel Domínguez y a Sydney Possuelo. Me han hecho más robusto y han aumentado mi comprensión del mundo.

Sydney y Luismi son dos personas de mucho carácter, capaces —cada uno en su profesión— de abrir caminos por donde nadie antes anduvo, arriesgando carne

y alma en ello. Son de aquellos seres humanos que nadan a contracorriente e insuflan ánimo a los que miran desde la orilla.

El día que le entregaban a Sydney el premio Quijote de la Selva en Toledo, lo pasé a buscar temprano y fuimos caminando hasta el bello cigarral donde se hacía la ceremonia. En el camino, mientras hablábamos de muchas cosas, Sydney tenía una mezcla entre hipo y eructos que lo asaltaban todo el tiempo. «¿Qué te pasa, qué comiste?», le pregunté. «Debe ser el jamón que comí anoche», me dijo. «El jamón es demasiado noble para dar esos sobresaltos, debe ser otra cosa», comenté.

Pasó la ceremonia y Sydney volvió a Brasil. Acudió al médico debido a unos dolores en el pecho. Las pruebas confirmaron que había tenido varios microinfartos aquella mañana y tuvo que operarse para evitar complicaciones mayores. Es un tipo con un corazón de hierro, y eso quedó claro en cada una de las incursiones en tierras indígenas que hicimos juntos.

En el año 2000, durante el rodaje de la serie de TVE y Canal+ *Amazonia, última llamada*, uno de los capítulos tenía la misión de entrar en contacto con un pueblo indígena aislado. Cuando llegamos al territorio de los zoé, en las selvas del estado de Pará, además de la profunda emoción de encontrar un mundo que en mi humilde experiencia pensaba que ya no existía, entendí cómo ese hombre, serio y pertinaz, de mirada dura e intensa, había despertado en esas gentes, tanto adultos como niños, un cariño sincero y tangible. Sydney no traía chucherías ni regalaba sonrisas fáciles, pero su hacer le abría el corazón de quienes vivían en ese especial rincón del mundo.

En el lejano valle del Javará, frontera de Brasil con Perú y Colombia, el lugar donde viven más indios *isolados*, ‘aislados’, en el planeta, Sydney había formado un grupo de especialistas en el mundo indígena para cumplir con la difícil tarea de cuidar del enorme territorio ocupado por los grupos aislados. Algunos en ese grupo eran blancos, la mayoría indígenas de la tribu mati. En aquel lugar remoto Luisimi me mostró, una vez más, de qué madera está hecho.



Daniel Garibotti y yo nos conocimos en 1999. Desde entonces, no nos hemos dejado de seguir la pista. Estamos hechos el uno para el otro.

Después de un largo viaje en lancha, llegamos al mítico puesto avanzado de la FUNAI (Fundación Nacional del Indio) en territorio de los indios aislados

korubos. Unos años antes había tenido lugar un incidente que se saldó con la muerte de un trabajador de la FUNAI a manos de los korubos, situación que exigió un proceso de comprensión complicado, con el objetivo de continuar trabajando en pro de la protección de sus integridades físicas y del territorio que ocupan. Nos instalamos en una gran maloca (casa redonda cubierta con hojas de palmera), atamos nuestras hamacas y, cansados como estábamos, nos fuimos quedando dormidos.

Antes de la medianoche, yo estaba en un sueño profundo cuando escuché voces alteradas que decían: «¿Vendrán a atacarnos?». Abrí los ojos y vi a Luismi despertando a un colaborador de la FUNAI para hacerle oír el profundo lamento que rompía el silencio de la noche, acercándose y creciendo en el río sobre el que estábamos. ¿Era un lamento o un grito de guerra?

A esa hora el miedo se instala muy rápido. Algunos compañeros miraban hacia el techo de la maloca buscando la posibilidad de subirse a lo alto de sus 6 metros. Esas casas son como iglesias, con el centro muy elevado, y aquel parecía ser el lugar más seguro para evitar los duros y famosos palos de los korubos, unas varas gruesas de más de 2 metros con los que solían cazar jabalíes rompiéndoles el cuello de un golpe seco. Lo supimos poco después, entre suspiros.

Venían en son de paz, pero muy nerviosos porque su jefa, Maiá, se había desmayado y temían que pudiera morir. Intensos y tensos momentos rodearon la larga secuencia. Gracias a Magna, la enfermera de la FUNAI, se supo que la crisis que sufría la mujer era una mezcla de artritis y malaria que había provocado una fuerte bajada de su tensión arterial. Apenas Magna le colocó el tensiómetro y este hizo presión en el brazo, la india abrió sus ojos rasgados y nos miró sorprendida. Un murmullo recorrió el pesado silencio, y por primera vez los korubos aflojaron la presión de sus manos sobre los palos de los que no se separaban.

Después de los primeros auxilios practicados por Magna a la reina de los korubos, Luismi —que la asistía junto a la camilla— la cogió de la cintura y bajo la mirada desconfiada de los guerreros la guio hasta una de las canoas que los llevarían de regreso a su aldea. La mujer viajó con los ojos cerrados y Luismi le cogía y acariciaba la mano. Cuando llegaron a la aldea fueron entrando en la choza principal, apenas iluminada por una pequeña hoguera, y allí Luismi la ayudó a entrar en su hamaca. Toda esta escena rodeados de guerreros korubos a los que apenas se les veía el brillo de los ojos, que emitían comentarios que más bien parecían gruñidos, siempre con sus temibles palos fuertemente agarrados. En un momento, Magna se animó a hablar y dijo: «Si a esta mujer le pasa algo ahora, estamos bien jodidos».

Maiá se fue recuperando y a nosotros los korubos nos permitieron compartir días inolvidables en su compañía.